

El bribon está todavía en la cama.

Desde ella, y medio dormido, pregunta las señas del desconocido importuno: su voz es aquella: su amor al orden es tambien siempre el mismo á lo que parece, porque no encuentra nada de lo que busca y revuelve el cuarto, murmurando.

Regaña, regaña; ya encontrarás quien te disipe el mal humor.

Finalmente, en seguida, separa bruscamente el portier y permanece mirándonos fijamente.

.Habíamos calculado bien que se quedaría hecha una pieza.

Nos mira despacio; vamos á su encuentro.

Se lleva la mano á la cabeza; quiere recordar las sílabas de nuestro nombre...

¡Ah! da el gran grito salido del fondo del alma. Hélo aquí, apretado, estrechado en nuestros brazos, con una risa que parece un sollozo y balbuceante como un niño, nuestro buen amigo, nuestro antiguo camarada que no ha cambiado de corazón!



LAS AMIGAS



LAS AMIGAS



CUÉRDOME de las noches de lluvia en tiempo de la guerra, cuando el regimiento cansado y cubierto de barro, pasaba por delante de una villa, y veíamos sombras negras de señoras asomadas á la ventana de un salon iluminado; me venía siempre á la mente aquel dicho de Juan Jacobo, que existe un deseo de la mujer, al cual no se mezcla ningún pensamiento sensual, el deseo de un placer particular, mal definido que experimentamos al estar en su compañía.

Despues de tres meses de campaña, estábamos todos cansados de nuestra ruda amistad viril; teníamos necesidad de la amistad de voz mórbida y de palabra graciosa.

Cualquiera que fuese su edad, nosotros hubiéramos

rogado á aquellas señoras que nos dejaran estar una hora con ellas, oirlas hablar, decirles mil veces que hacía tres meses no teníamos á quien decir pensamientos y sentimientos que entre hombres no se cambian porque el fuerte olor del cigarro no nos deja percibir el aroma.

Hasta ciertas viejas campesinas de aspecto benévolo, nos inspiraban aquel deseo; y estábamos con placer en aquella pobre cocina á piso de tierra, sentados sobre unos taburetes, oyendo su monótona conversacion, llenas de compasion por nosotros y de horror por la guerra.

Eran voces toscas y palabras de gente ignorante; pero eran voces y palabras de mujer, notas débiles de dulcísima armonía lejana, en la cual se confundían mil sonidos de las cantinelas que nos adormecieron en la cuna, y de los sollozos que nos acompañaron á la partida.

Ciertamente, tambien entre amigos, bajo la tienda, mientras el campamento dormía, nos decíamos algunas veces palabras llenas de afecto; pero la actitud con que aquellas pobres mujeres estendian nuestros capotes empapados de agua, delante del fuego, y el acento con el cual nos interrogaban acerca de nuestras familias, expresaba algo que ninguno de nosotros sabía expresar y que todos teníamos necesidad de escuchar.

Y en tanto, pensábamos en ciertas señoras lejanas, á las cuales habíamos dado en otro tiempo el nombre de amigas, y este nombre nos hacía una nueva impresion dulcísima, en un todo diversa y no ménos viva, de la que nos producía el nombre de amante.



En los primeros años, la necesidad de esta amistad no se siente; pronto es sofocada y oculta por el amor.

¿Quién no recuerda su primera amiga?

No podíamos amarnos porque estábamos ligados, nosotros á una muchacha ligera, ella á un hombre—de quince años—sin corazón; pero como nos veíamos á menudo, en medio de los árboles espesos, y nos confiábamos nuestros afanes, era preciso que naciera nuestra amistad.

El amor, no; hubiera sido una infamia: lo decíamos los dos gravemente.

Pero éramos amigos del alma, tanto, que no podíamos estar un momento juntos sin cogernos las manos y mirarnos á los ojos.

Enrojécamos un poco, es verdad, cada vez que nos encontrábamos impensadamente; pero no tardábamos en volver á tomar nuestros tranquilos razonamientos de amigos sensatos, que tienen sus dolores y al mismo tiempo experiencia del mundo.

Nuestra amistad buscaba la soledad y prefería la vegetación espesa.

¡Oh! ¡Estábamos hechos para entendernos!

¿También cuando ella hubiese tomado marido y nosotros casado con la que amábamos, seríamos siempre buenos amigos, no es verdad?

¿Nos lo confiaremos siempre todo como ahora; estaremos siempre estrechados uno á otro, de aquella manera, sin un segundo pensamiento, como hermano y hermana?

Y en tanto, nuestra mano inquieta buscaba su pequeño brazo bajo la manga de muselina; pero, ¿qué importa? Era el brazo de una amiga, y la cabeza que un instante después se apoyaba en su hombro era la cabeza de un hermano; y el ardor que sentíamos en la sangre, era el ardor del desden por la deslealtad de nuestros amantes, la indignación de una amistad noble, desconocida de las almas vulgares; por temor de las cuales nos separábamos uno de otro al más ligero rumor de pasos, diciendo que la altivez de ciertos afectos no era comprendida por el mundo.

Y nos lo repetíamos después que se alejaba el rumor, metiéndonos uno á otro los cabellos en las orejas, y nos jurábamos, con los ojos velados por el sentimiento más puro de la amistad, que allá

donde nos arrojaré el destino, cuando uno fuese herido por la desventura, el otro correría á socorrerlo, á animarlo, á darle el beso de amigo, así, como él que se daban en aquel punto y que bajaba lentamente desde la frente á la boca, lo cual se podía conceder aun á los besos de la amistad, cuando era verdaderamente una amistad sincera y profunda...



La primera amiga no la hemos tenido sino algunos años despues, la primera vez que nos hemos alejado de nuestra casa.

La tristeza de nuestro cuarto solitario, el pensamiento de nuestra madre lej ana, la melancolía que sucede á las primeras alegrías de la libertad, por tanto tiempo suspirada, nos conducía á menudo al lado de algunas viejas señoras, de las cuales era un consuelo verse dar consejos y hacer amonestaciones, con aquella modulacion de voz, con aquellos lentos movimientos de las manos que casi todas las madres tienen iguales y que son como la lengua universal del amor materno.

Y cobrábamos afecto hácia aquellas señoras.

Pasábamos muchas horas tranquilas, junto á ellas, en aquel comedor que recordaba el de nuestra casa delante de aquella mesita alumbrada por una vela con pantalla y llena tambien de aquellos pequeños

objetos que nuestra madre tenía entre manos todos los días.

Y algunas veces se nos oprimía el corazón pensando en el gran espacio de tierra ó de mar que nos separaba de aquella estancia, en la cual nuestra más fiel amiga trabajaba tal vez en aquel mismo momento, con el pensamiento vuelto hacia nosotros, y entonces tomábamos la mano á aquella buena señora y la rogábamos que nos quisiera y la llamábamos amiga con voz que la conmovía...



El ideal á aquella edad es tener una amiga joven y hermosa.

Habíamos leído en muchos libros que la cosa es posible; una bella amiga á la cual confiábamos todos nuestros secretos y todos nuestros dolores; bella, pero de una belleza singular que place al corazón y no turba los sentidos; una amiga que pudiéramos ver todos los días tranquilamente nosotros solos, durante muchas horas; buena como un ángel; llena de buen sentido y de dulzura cuando tuviéramos necesidad de consuelo y alegre como una niña cuando fuéramos felices; una bella señora, despreocupada, valiente, elocuente, la cual nos conociese hasta lo profundo del corazón y nos revelara hasta sus más íntimos pensamientos, dejándonos acariciar su pequeña mano, de la que besáramos todas las venas, todas las articulaciones y todos los hoyuelos sin perder el hilo de su discurso, que escucháramos como una música con los ojos entornados y algunas veces con las rodillas en

tierra; una hermana afectuosa que ciertos días hiciéramos llorar y otros enfadarse, pero que nos perdonara siempre, porque sabe que le somos devotos con toda el alma y que defenderemos su reputación al precio de nuestra sangre.

¡Cuánto no hemos fantaseado sobre estas amigas!

Señoras altas, pálidas, con ojos grandes y la voz sonora, que nos daban viriles consejos; mujeres amorosas y melancólicas, que lloraban con la frente apoyada sobre nuestro pecho; morenas graciosas y coléricas que nuestra amistad domaba poco á poco.

Y nos llamaban mil veces con su voz:

—¡Amigo mio! ¡Mi buen hermano!—é imaginábamos paseos por los bosques, encuentros alegres, despues de largas ausencias, escenas de despedida tan tristes, tan nobles, tan poéticas; que ni aun la mujer que amábamos hubiera sentido celos.

Uníamos así aquel amor y aquella amistad, los cuales hubieran sido en nuestra vida, uno un canto apresurado y poderoso, la otra un acompañamiento profundo, un *trémolo* delicadísimo y continuo de violoncello.

*
* *

Sueños.

Pocos años despues nos apercibimos de que hemos soñado.

El mundo opone más obstáculos á estas amistades que al amor, porque los juzga un amor hipócrita, sin valor y sin pasión: y se equivoca.

Cuando se ama á una mujer no se tiene necesidad de una amiga joven, y cuando no se ama á otra mujer se acaba por amar á la amiga.

No hay amistad sin simpatía; pero con una amiga fresca y bella, la simpatía no es más que el embrión del amor.

Dice un filósofo:

"No es pasión ni amistad: es un afecto aparte."

Sí, por todo el tiempo que emplea en nacer la pasión, el cual tiempo no es mayor que el empleado por la amistad en convertirse en íntima.

Dice otro:

"No es amor; es un sentimiento ménos impetuo-

so. No es amistad: es un sentimiento más tierno."

¡Qué sutilezas! ¿No sería más breve decir que es un amor tierno, sin ímpetus?

Sí, la ilusión de la amistad dura por un poco de tiempo. El cambio es lento.

La mirada que no busca otra cosa que los ojos de la amiga, comienza poco á poco á envolverle la cabeza, luego á ponerle sargas de perlas alrededor del cuello, despues á bajar y subir lentamente entre la punta de la oreja y la curva del hombro, como una mano que acaricia, más tarde á tomar medidas con centenares y centenares de cinturones alrededor de su talle sùtil.

De día en día la cabeza se distrae más de aquellos sus discursos de buena amiga llenos de juicio y de gracia, de los cuales no se perdía al principio una sola palabra.

Todos los pensamientos caen por una pendiente dulcísima á confundirse en un pensamiento único, reprimido al principio resueltamente, despues rechazado con debilidad, más tarde gozado en silencio, mientras ella habla, y disimulado bajo la apariencia de una atención profunda, como hacen los chicos para chupar un confite en la escuela.

Despues vienen aquellas noches terribles, en que las voces más límpidas se velan, y las trenzas más

apretadas se dilatan; las melancolfas que hacen languidecer los ojos y los gestos; las confidencias fraternales murmuradas en los cabellos; las conversaciones acompañadas del olor de un ramito de violetas; el encontrarse de las manos inciertas sobre el libro; una tentación, un deseo continuamente reprimido y renaciente de tocar un lazo, de clavar un alfiler, de arreglar los hilos de un fleco, de sentir la morbidez de una mejilla.....



Pero no; la amistad dura todavía! El respeto puede tenerla á raya mucho tiempo.

Momentos hay en que la mente y los ojos se oscurecen de repente y toda el alma se lanza impetuosamente para obedecer el grito triunfante de la naturaleza que dice:

—¡Ama, coje, devora!

Pero hay tambien miradas imprevistas que revelan una fé tan tranquila y tan amable y otras que expresan una sospecha tan triste y una advertencia tan severa, que al encontrarlas, el amor se confunde y vuelve á replegarse precipitadamente detrás de la amistad.

La naturaleza vencerá á traicion.

¡Ah! El día en que ireis á buscar el consuelo de su palabra, con un profundo dolor en el alma, no estareis seguros de que vuestra amistad no sea turbada por algun rebelde pensamiento.

La encontrais buena como siempre.

Vuestro dolor le hace derramar hermosas lágrimas de los ojos y bellas palabras de la boca.

No sabeis lo que os dice.

Es un corazon de mujer que canta y os consuela.

Ella os arranca todas las espinas que os han clavado en el corazon, una á una, con la paciencia y la dulzura de una madre.

Estais ya consolados en el fondo del alma, pero vuestra dignidad orgullosa de hombre afligido, resiste aún; y ella vence una á una todas vuestras resistencias, hablando y rogando, con una voz que despierta y hace salir lentamente del rincon en que se habían escondido, todos vuestros pensamientos serenos.

¡Ah! ¡Existe, pues, esta divina amistad!

Un sentimiento de inmensa gratitud sale de vuestro corazon; os arrojardis de rodillas á sus piés; se lo decís con las manos juntas sobre las suyas y con voz sofocada por la ternura, es un alma bella y buena como el sol, seréis siempre su amigo, su hermano, su esclavo; le daríais la sangre, la vida, la... la...; el beso ha estallado, sonoro como nota de ruiseñor é imposible de deshacer, como una sentencia del destino.

Y entonces, hé aquí lo que sucede.

O la nota del ruiseñor no es perdonada y todo ha

acabado, ó es mucho más que perdonada y la amistad cambia en otra cosa, ó es perdonada despues de una tempestad, con pacto que no se respeta...

Y entonces sí, la amistad sobrevive como puede, con el rumor de aquel beso en los oídos. Pero queda enferma de fiebre incurable.

El mundo está lleno de estas amistades de ciento veinte pulsaciones por minutos.

Un poco de indulgencia por un lado y un poco de prudencia por otro la mantienen á raya un poco de tiempo.

*
* *

Y bien, oigo decir; la amistad será más fácil, cuando la amiga sea jóven, pero esté lejos de la belleza. Es cierto. Pero... *esperad*.

En una comedia española se ha dicho: *grande es la fuerza de la mujer*. Cada cual tiene dentro de sí diez formas de mujer, que se manifiestan una despues de otra, á grandes intervalos de tiempo y algunas veces la décima es la que acaba la amistad.

Cada día un poco, lentísimamente, la boca de la amiga buena y afectuosa se contrae, el óvalo de la cara se perfecciona, ciertas líneas rígidas del talle se curvan, ciertos gestos adquieren una gracia, una idea vaga de gracia que os sorprende no haber observado jamás, que ya no encontrais al día siguiente y que volveréis á ver despues de algunos días, por mucho tiempo.

Hay narices maltratadas por la naturaleza que tardan años y años en corregirse, pero que al fin se afila y arregla.